

# Freud con mujeres

*Marina Lieberman\**

ESTE TEXTO QUISIERA PARECERSE A UN CUADRO. Cuando alguien pinta se coloca en algún sitio desde donde ve algo que será mirado por otros, desde otros lugares. Si fuera un cuadro, sería el dibujo de una mirada de una mujer que mira a un hombre mirando mujeres. ¿Cómo se pintará una mirada? Como un texto no puede ser un cuadro, en lugar de pincel y pintura hay palabras. Es una pregunta sobre cómo un hombre se preguntaba por las preguntas de unas mujeres que preguntaban.

En 1886 Freud recibe una beca para ir a París, otorgada por el Colegio de Profesores de la Facultad de Medicina de Viena. Tiene 30 años. Llega a la Salpêtrière, conoce a Charcot y su interés profesional da el salto con el que se inicia una aventura sin retorno, para él y para todos los que nos embarcamos en su barco.

Al arribar a París, su "tema escogido" era la anatomía del sistema nervioso; al abandonar esa ciudad, su espíritu estaba imbuido de los problemas de la histeria y el hipnotismo. Dando la espalda a la neurología, se encaminaba hacia la psicopatología [Strachey, en Freud, 1956:4].

¿Qué lo hizo cambiar el rumbo?: ¿París? ¿Charcot? ¿Las histéricas de la Salpêtrière?

Esta beca y este viaje son, para Freud, un trampolín para aventarse el clavado a las profundas aguas de la psique, pero resulta que, además, Freud es un hombre. No pretendo meterme en los vericuetos de la vida íntima de Freud, solamente incluir algún detalle para contextualizar. Por ejemplo, decir que cuando Freud emprende el viaje está enamorado.

\* Profesora-investigadora. Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

De 1882 a 1886, los cuatro años que dura el noviazgo de Sigmund y Martha (su futura esposa), éste le escribe más de mil quinientas cartas (Tola, 1999:7). Así que la beca parisina no es sólo importante en su carrera, es fundamental en su proyecto de lograr una posición económica y profesional respetable para poder casarse con Martha. El mismo año, de regreso a Viena, Freud abre su consultorio y a los pocos meses se casan. Todo al mismo tiempo. ¿Casualidad? La cuestión es que para 1886 Freud lleva cuatro años escribiéndole a Martha cartas en esta tonalidad:

Primera carta (publicada):

Viena, 19-6-1882

Mi preciosa y amada niña:

Sabía que hasta que no te hubieses ido no podría darme cuenta realmente de toda mi felicidad vivida y también ¡ay!, de todo lo perdido. No consigo aún tener una clara idea de lo nuestro, y si no tuviera delante mío esa hermosa cajita y tu retrato, temería que todo pudo haber sido solamente un dulce sueño del que no me gustaría despertar [1882:27].

La segunda, por ejemplo:

Bella amada, dulce amor:

Tu graciosa carta, en la que me autorizas a ir en peregrinación hasta tus bellos ojos [...] mi abrigo está santificado con tu contacto [...] De esta forma, tu caballero andante llegará sin otro equipaje que su corazón amante y desprovisto de armas [1882:33 y s.].

Otra, desde un café, a las 8 de la mañana, en camino a verla:

Se demoran un cuarto de siglo en traer un café y dan muy poco azúcar con él. Mi Marty me tendrás tú que dar más azúcar [1882:36 y s.].

Endulzado y desarmado tiene Martha a Freud. Por eso mismo, no todo es miel y azúcar, durante cuatro años hay celos, peleas, enojo y ardor:

Enero, 1885:

Exijo una explicación urgente [...] Esta es la carta más terrible que he recibido de ti, y no la olvidaré aunque llegue a cumplir 85 años y tú sigas dándome un beso diario, lo que quizás sea pedir demasiado. Querida ¿es posible que sólo seas afectuosa en verano y en invierno te congeles? Siéntate y contéstame sobre esto inmediatamente, pues todavía estoy a tiempo de salir y buscarme una novia para los inviernos [...] Buenas noches, mujercita; sé muy buena y quíereme un poco.

Tuyo

Sigmund [1885:114 y s.].

Parece que Martha se descongeló, porque para 1886 seguía Freud con:

Mi deliciosa novia, Amada y adorada princesita, Mi dulce amada [...] no me importa el lugar donde tengamos que vivir, y me da lo mismo aquí que en América o Australia o en cualquier otro continente. Lo que no puedo es estar mucho más tiempo sin ti [1886:160 y s.].

Así trae el joven Freud el corazón cuando se encuentra con París, Charcot y las histéricas.

Así que quién sabe cómo, pero la ciudad, el Maestro y las mujeres encienden un fuego en este hombre que provocaría el incendio del pensamiento acerca del alma.

El informe que presenta (desde hace dos siglos hay que presentar informes cuando le dan a uno becas) es un elogio desbordado de admiración, respeto y cariño por Charcot, en el que Freud se presenta como su "admirador incondicional" (1886:10). Este hombre, casi mago, con esa técnica de circo más que de médico, está dedicado a estudiar la histeria. Las histéricas internadas en la Salpêtrière, que están *como locas*, han sido aventadas ahí como desechos de la medicina del siglo XIX. Dice Freud que por lo menos en la Edad Media, cuando eran condenadas por brujas o posesas, se tenía "exacta noticia de los 'estigmas', los rasgos somáticos distintivos de la histeria" (1886:11), rasgos que la ciencia en la que Freud se forma y a la que tendría que enfrentarse, califica de "simulaciones", ve con "disgusto" y prefiere ignorar: "pronunciar el diagnóstico de 'histeria' parecía significar que ya no se quería tratar más al paciente" (1886:11).

Entregado así a la admiración por su maestro, lo que Freud recibe de él, como un don, es un enigma. Estas mujeres, estas brujas temidas y despreciadas, capturan a Freud y él se apasiona por ellas. Eran de Charcot, Freud las hace suyas. "Mis neuróticas" las va a llamar en su famosa carta a Fliess del 21 de septiembre de 1897. "Ya no creo más en mi neurótica" (1897:301), dice textualmente.

La historia de Freud con las mujeres es, como debe ser, una historia de amor. Amor por las palabras de estas mujeres que han enmudecido para hacer que sus cuerpos griten. Lacan dice que el psicoanálisis es una erotología, el logos de Eros, el amor por las palabras y las letras del amor. Freud decide —o es tomado por una decisión, que es lo que pasa siempre cuando alguien se enamora— que esos gritos mudos de los cuerpos sufrientes de las histéricas hablan, dicen, sólo que hay cosas que no se pueden decir con palabras. Freud hace una apuesta, las apuestas sólo se pueden hacer si, de entrada, uno pone en la mesa lo que va a perder. Freud tiene que renunciar al saber médico para inventar otro, el saber del inconsciente. No se trata del órgano, no se trata de anatomía, si fuera así, las histéricas serían simuladoras... *no te hagas, si no tienes nada, ¿por qué lloras?* No se trata del útero ni de los genitales, no nada más... pero sí se trata del sexo, y no es lo mismo. El sexo es pregunta, misterio que buscará ser descifrado.

Masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre. La ciencia anatómica comparte esa certidumbre en un punto, pero no mucho más [...] aquello que constituye la masculinidad o la femineidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender [Freud, 1933:105 y *s.*].

La sexualidad humana es erotismo (véase por ejemplo a Bataille), los cuerpos son cuerpos erógenos, en ellos hay placer, displacer y más allá del principio de placer; hay historia, memoria y olvido, sueños y fantasías, angustia, deseo. De todo esto hablan los cuerpos de las histéricas de la Salpêtrière, sin saber... que saben. Y es que para que ese dolor pueda llegar a producir algún saber es condición indispensable que alguien esté dispuesto a escuchar.

Hay que imaginarse —o ver los cuadros o alguna película— estos ataques históricos del siglo XIX, estas mujeres despeinadas, arrancándose la ropa, contorsionándose con movimientos extrañísimos, para captar todo lo que ese cuadro puede despertar. Aunque no es condición indispensable estar así de *enloquecida* para provocar la pregunta. En otra carta, dice Freud:

Mi preciosa Marty:

¿Qué puede ser lo que deseas y no quieres decírmelo? [...] ¿Qué puede ser? ¿Un diente del Califa, una joya de la corona de la Reina Victoria, el autógrafo de un gigante, o algo igualmente fantástico que me obligue a ponerme mi armadura y salir hacia Oriente? [...] ¿He de ayunar en Yom Kippur? [1883:58].

Las mujeres y la pregunta *¿qué le pasa a estas mujeres?* están en la obra de Freud desde el principio hasta el final. Empieza preguntándose *¿qué les pasa?* y termina diciendo *pregúntenle a los poetas* (1933:125) que es muy buen consejo, por cierto.

Quisiera ahora mencionar a algunas de las mujeres reales y ficticias que se aparecen en los textos de Freud, algunas nada más, no todas.

En 1895 se publican los *Estudios sobre la histeria*, por Breuer y Freud, el prólogo a esa edición está firmado por ambos. En 1908, el prólogo a la segunda edición está dividido, basta con leer las dos notas para captar lo radical de esa división. Breuer dice:

Desde aquella época no he vuelto a ocuparme del asunto, no he tenido participación alguna en su significativo desarrollo y no sabría agregar nada nuevo a lo que expuse en 1895 [1895:25].

El asunto... Freud dice:

A quien se interese por el desarrollo de la catarsis hacia el psicoanálisis no podría aconsejarle nada mejor sino que empiece con los *Estudios sobre la histeria* y así transite por el camino que yo mismo he dejado atrás [*ibid.* :25].

Breuer no se ocupó más del *asunto* (se dice así ¿no?, fulanita tiene un *asunto* con mengañito, cuando no es muy claro de qué clase de asunto se

trata, pero se supone...) y Freud ya dejó atrás *ese* camino para abordarlo, pero *el asunto* sigue, es más, en 1908 apenas empieza.

Anna O. no es paciente de Freud, sino de Breuer, dicen que ella es quien bautiza la técnica como *talking cure*, la cura hablante. Breuer le cuenta el caso a Freud y éste no puede olvidarlo. En una nota a pie de página del texto se encuentra el "motivo" por el que termina el tratamiento de Anna O. con Breuer —aparte de que ella ya estaba curada, dice Breuer—, y es que Anna O. se enamoró de su doctor, se enamoró enamoró, en el mal sentido, o sea en el bueno:

La paciente exteriorizó de pronto una intensa transferencia positiva no analizada hacia Breuer, de inequívoca naturaleza sexual [*ibid.*:64].

Este es el inequívoco asunto que Breuer no soporta. Freud, de, con y en lo insoportable, inventa el psicoanálisis. A este asunto lo llamaría después "amor de transferencia". Freud es muy claro: en el análisis se juega el amor en todas sus variantes, las inequívocas y, sobre todo, las equívocas.

Quien acude a un analista es porque tiene problemas de amor, nadie está dispuesto a transitar por el sinuoso camino de un análisis si no lleva consigo por lo menos dos rupturas de corazón, una originaria y la segunda que es la que hace que la primera cobre sentido. Pero, además, nadie está dispuesto a entregar todos sus secretos y vergüenzas a cualquiera. Tiene que haber amor de por medio para poner el alma en manos de alguien y viceversa, ponerse en manos de alguien genera amor —o alguna otra pasión.

La transferencia es amor y es la condición del análisis, pero el amor siempre es muy problemático. Freud afirma que un analista no puede ceder a las demandas de una (o un) paciente no por una cuestión moral, sino clínica: en cuanto se lleva al acto, el asunto deja de ser un análisis. Pero pretender hacerlo a un lado, decirle a la paciente enamorada *que no, que no es cierto lo que siente, que no es con él, que no siga hablando de eso, que no lo sienta más, que piense en otras cosas, que se calle y si no, que se vaya*:

No sería para mí un obrar analítico sino un obrar sin sentido. Sería lo mismo que hacer subir un espíritu del mundo subterráneo, con ingeniosos conjuros, para enviarlo de nuevo ahí abajo sin inquirirle nada. Uno habría llamado lo reprimido a la conciencia sólo para reprimirlo de nuevo, presa del terror [1915:167].

No todo es azúcar y miel en este asunto, también hay terror. Freud sueña con Irma, el nombre ficticio de una paciente y en *La interpretación de los sueños* (1900) nos cuenta su pesadilla.

Para Freud, este sueño y su análisis es el paradigma del método para interpretar los sueños, que es, básicamente, el método psicoanalítico. Una escritura que hay que descifrar, para encontrar que en esos jeroglíficos enigmáticos se revela un deseo inconsciente.

Irma es muchas mujeres, una condensación (una metáfora, dirá Lacan), el sueño se desarrolla alrededor de su garganta, una garganta infectada, oscura y terrorífica, *¿qué le pasa a esta mujer?*, *¿qué es lo que tiene ahí?*, *¿qué es lo que dice esa garganta?*, *¿qué es lo que se dice desde ese oscuro lugar?*, *¿qué es lo que no se dice?*, *¿qué es lo que le dice la garganta de Irma a Freud?* Algo tan paradigmático como para que le escriba una carta a Fliess preguntándole si cree que algún día pondrán en esa casa, donde tuvo el sueño, una placa de mármol con la siguiente inscripción:

En esta casa, el 24 de julio de 1895, le fue revelado al doctor Sigmund Freud el secreto de los sueños [1900:141].

El secreto de los sueños le es revelado a Freud por la garganta infectada de Irma.

Dora (1905) es el primer caso "completo" —más bien incompleto, porque fue interrumpido— que narra Freud de principio a fin, con todo y sus errores. A Freud no le asusta ponerse en evidencia, él es un inventor y un aprendiz y así se muestra. Dice que originalmente quería llamarlo "Sueños e histeria". Dora y sus sueños, su papá, su mamá, el otro hombre y La Otra Mujer. Dora, que escribe la historia en su cuerpo y hace del deseo un síntoma.

Los fenómenos patológicos son, dicho llanamente, *la práctica sexual de los enfermos* [1905:100].

A mi parecer, es una de las frases más contundentes que se han dicho, para decirlo llanamente.

La transferencia en acto, la transferencia como resistencia, la de Dora, pero también la de Freud. Ahí le falló a Freud, con Dora se le olvidó lo que ya sabía desde Anna O., se le fue, y se le fue Dora... pero se quedó escrita.

Hay mujeres sacadas de novelas y mitos. *Gradiva* (1907) por ejemplo, una mujer de piedra que hace delirar a un hombre, que había olvidado a la de carne y hueso, quien lo curará con sus palabras, su escucha y su amor.

O *Medusa* (1922), la del pelo de serpientes, multiplicación del falo al infinito, disfraz de la castración, la angustia, la muerte.

Gradiva era de piedra, se hace de carne y hueso y hace de un muerto un vivo. Medusa es un monstruo que convierte a los hombres en estatuas de piedra, con sólo mirarla... hasta que un héroe tiene la brillante ocurrencia de devolverle su reflejo, su mirada es su propia destrucción.

Luego están las mamas: la mamá de Juanito (1909), tan buena, tan buena, con un esposo tan bueno, tan bueno, que Juanito tiene que construirse una fobia para inventarse su propia historia y hacerse un niño de verdad, con su hace-pipí chiquito, pero bien puesto. Está la mamá de Leonardo da Vinci (1910), la mamá de Hamlet, la de Edipo...

Los hijos que tienen que matar a su padre y luego comérselo, nada más para poder acceder a *ellas*, las mujeres del gran padre, sólo para arrepentirse de inmediato y convertir el capricho del padre en ley, la prohibición del incesto, origen de la ley, la sociedad y la religión, dice Freud en *Tótem y Tabú* (1913). Solamente si la madre está prohibida, los hijos pueden desear.

¿Y las hijas? También, por supuesto.

Sólo si la madre está prohibida, sólo si la madre está castrada, sólo si no lo tiene todo las hijas pueden desear... al padre.

Para la niña, la situación edípica es el desenlace de un largo y difícil proceso [...]. Su amor se había dirigido a la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor [1933:117 y ss.].

Se vuelve *posible* abandonarla, del dicho al hecho... Pero se vuelve posible, si la madre lo tiene todo, lo sabe todo, ¿cómo dejarla? Hay un anuncio en la televisión, de Chocomilk o leche Nido, donde se ve a una mamá que siente-sabe-ve lo que está haciendo cada uno de sus hijos, estén donde estén: en la montaña rusa o en el camión escolar... el anuncio dice algo así: *una madre siempre sabe lo que sus hijos necesitan, ¿será lindo? ¿o siniestro?*



El complejo de castración prepara al complejo de Edipo en vez de destruirlo; por el influjo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón-madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto [1933:120].

Un puerto para salvarse del naufragio, del ahogo que resulta de no ser expulsada (o expulsado). Expulsada de esa mirada omnipresente de una madre que, cuando su hija va en el camión de la escuela y un niño se sienta a su lado y le sonríe, con un gesto maléfico, ella la mueve a control remoto obligándola a poner la mochila entre los dos. Estoy hablando otra vez del anuncio de la televisión, aunque se parece a *Aura* de Carlos Fuentes.

El amor al padre, que no es el mismo que el amor del padre, es el que le da a la hija el boleto para embarcarse y desembocar en algún puerto, dice Freud. El complejo de Edipo en la niña, causado por el de castración, con la famosa y tan difamada *envidia del pene*, es solamente un boleto, un *yo quiero... de eso*. Después vendrán todas las complicaciones porque va a resultar que *eso no era exactamente, siempre no... y, entonces, quiero más...*

Cortázar, por ejemplo, hace a un hombre decirle a una mujer (para hacer esta cita me tomo la libertad irreverente de traducir del argentino al mexicano, como se trata de Rayuela, que es un libro loco, creo que Cortázar me perdonaría):

Esperabas que yo me sentara a tu lado y te explicara, te alentara, hiciera lo que toda mujer espera que un hombre haga con ella, le *enrolle* [arrolle], despacito *una cueredita* [un piolín] en la cintura y *záz* la mande zumbando y dando vueltas, le dé el impulso que la arranque a su tendencia a tejer *suéteres* [pulóvers] [1963:344].

Probablemente Cortázar se equivocaba en lo de "toda mujer".

Hay otra mujer en los textos de Freud, que no es suya pero se aparece por ahí. Es de Schreber (1911), el paranoico. A Schreber Dios le exige que se transforme en mujer, pero no en una mujer cualquiera, en la suya, la mera mera, la mujer de Dios. Schreber, en su delirio, *es* la mujer de Dios y ese no es ningún puerto al cual nadie querría desembocar.

En este cuadro hay muchos rumbos, puertos y barcos, arcas de Noé, lanchas salvavidas, balsas de madera, canoas, kayaks, hay quienes se van

nadando y hay quienes se ahogan. Lacan dice que no hay *La* mujer y, para muestra, basta leer a Freud. Sin embargo, no basta. Las palabras son como el amor al padre: solamente un boleto de entrada. El lenguaje es vasto, pero no alcanza. Hay una zona oscura, que no se puede decir ni pintar, un encuentro con la pérdida que provoca nuevas búsquedas, como un papel en blanco provoca el trazo. En ese lugar vacío cada quien ensaya un diseño y se deja (o no se deja) colorear. Como las mujeres esbozadas aquí, cada trazo es distinto, cada pincelada y cada letra trazan la diferencia. La que se dibuja, la dibujada y la que mira el cuadro no son la misma y, para peor —o para mejor—, la pintura es la que mueve al pincel, y la mano es sorprendida por una mirada atónita.

Por último, siguiendo el consejo de Freud, cito a alguien que hizo con **las** palabras lo que se le antojó o, tal vez, que se dejó hacer por ellas —las palabras— lo que a ellas se les antojó; si eso no es poesía quién sabe qué será, en todo caso es una de las expresiones más lúcidas y transparentes de lo que una mujer puede hacerle decir a un hombre sobre el amor, el erotismo y lo imposible de decirlo. Esta no la traduzco:

Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes ambonios, en sustalos exasperantes. Cada vez que él procuraba relamar las incopelusas, se enredaba en un grimado quejumbroso y tenía que envulsionarse de cara al nóvalo, sintiendo cómo poco a poco las amillas se espejunaban, se iban apeltronando, reduplicando, hasta quedar tendido como el trimalciato de ergomanina al que se le han dejado caer unas filulas de cariaconcia. Y sin embargo, era apenas el principio [Cortázar, 1963:533].

## Bibliografía

- Breuer y Freud, "Estudios sobre la histeria", (1893-95), en *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, tomo II.
- Freud, S. (1856), "Informe sobre mis estudios en París y Berlín", en *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, tomo I.
- (1999), *Cartas de amor* (Prólogo de José Miguel Tola), Ediciones Coyoacán, México.

- , Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99]), en *Obras completas*, tomo I, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- , "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", conferencia 33, "La feminidad" (1933), tomo XXII.
- , "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia" (1915), tomo XII.
- , "La interpretación de los sueños" (1900), tomo IV.
- , "Fragmento de análisis de un caso de histeria" (Dora) (1905), tomo VII.
- , "El delirio y los sueños en la 'Gradiva' de W. Jensen" (1907), tomo IX.
- , "La cabeza de Medusa" (1922), tomo XVIII.
- , "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" (El pequeño Hans) (1909), tomo X.
- , "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci" (1910), tomo XI.
- , "Tótem y Tabú" (1913), tomo XIII.
- , "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente" (1911), en *Obras completas*, tomo XII, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- Cortázar, Julio, *Rayuela*, Cátedra, Letras Hispánicas, Madrid, 2000.